

Recordar, compartir, aprender

Castellón
Dolores Carretero, 65
Noemí Castelló, 18

UN CAMINO ESFORZADO

Con muchas ilusiones, nervios y con el tintineo de sus dos válvulas del corazón, Dolores Carretero comienza a contar su historia.

“Nací un día lluvioso, en un pueblecillo de Córdoba, Castro del Río. Mi familia era de clase humilde y además en tiempos de postguerra. Mis padres, mis abuelos maternos y yo vivíamos en una casa alquilada. Esta se alquilaba por habitaciones. Nuestra habitación tenía un tabique con lo que se convertía en dos. A los cuatro años nació mi hermano Juan. Vivíamos todos con mucho cariño y muy unidos, ya que en aquella época la familia era lo único que teníamos. Sin embargo teníamos muchas necesidades. Mi niñez la pase en el colegio o ayudando en casa porque mis abuelos estaban muy delicados y además no teníamos ni luz ni agua. El agua había que cogerla de una fuente del pueblo a cántaros y cubos. Estos costaban como diez céntimos de ahora. Hoy en día una miseria, pero en aquellos tiempos...

A los diez años mi madre se puso a trabajar en una cerámica con mi padre y yo me encargaba de las tareas del hogar. Mi abuela desde el sillón me decía cómo tenía que hacer las cosas y las vecinas me orientaban cómo tenía que hacer la cocina. Esto se debía a que la cocina era comunitaria. Así transcurrieron tres años, hasta que murió mi abuelo y seis meses más tarde mi abuela.

Por esas fechas aprendí a coser. Ya sabía todo lo que una dama de casa debía aprender, ya que mi madre quería que yo supiera hacer de todo. Ella me decía: “El saber no ocupa lugar”, ahora me doy cuenta de la razón que tenía. Cuando llegaba el invierno me iba a la recolección de aceitunas y mi madre no iba a la cerámica para encargarse de las tareas de casa. Yo no quería que mi madre se fuese a trabajar, por ese motivo me puse a coser con tanto empeño que a los trece años decidí sacarme el título de profesora en corte y confección. Al principio cosía más barato por ser aprendiz. De esta manera me sacaba un sueldecito entre mis vecinos y familiares. A veces mi madre me ayudaba. Dos o tres años más tarde, tenía buena clientela y me sacaba un buen sueldo con lo que mi madre no hacía falta que fuera a trabajar. La costura ha sido el oficio de mi vida.

A los dieciséis años conocí a Paco, un chico de Orihuela, cinco años mayor que yo. Decidimos empezar una relación. A los siete años nos casamos. La boda fue un 29 de diciembre de 1965, sencilla y junto a los familiares más cercanos. De viaje de novios fuimos a Orihuela y a Elche para conocer a su familia. Aquí, en Elche, vivían unos primos y tíos suyos. Nos decían que éramos jóvenes y que aquí podíamos ganar mucho dinero. Aceptamos ya que mi marido estaba cansado del campo y además queríamos algo más para nuestros hijos que la costura y el campo. Por este motivo, continúo de luna de miel, cuarenta y un años más tarde.

A mi madre no le sentó muy bien mi decisión ya que en mi pueblo las hijas nunca se apartan del lado de su madre y yo desobedecí. Para mí fueron tiempos muy difíciles pues aunque yo tuve suerte y tenía bastante trabajo, mi marido tardó en encontrarlo. Había muchos gastos y yo era la única que traía un salario a casa. Además mi hermano se vino a pasar el verano. Yo tenía que trabajar, cuidar de la casa, la comida, la ropa... es decir, de todo, ya que ellos no me ayudaban. Además, la convivencia no es fácil. Cuesta convivir con una persona hasta que no sabes hasta dónde llegan sus defectos y aprendes a capearlo, si se puede, claro.

Con mi suegra no tenía mucha confianza ya que como estuve casi un año sin quedarme en estado, sus palabras más amables fueron: “mira tan buena moza pero no le vamos a hacer la gracia”. Por todas esto y por la separación de mis familiares, en más de una ocasión pensé que me había equivocado y en dejarlo todo y volverme al pueblo. Por si no fuera poco, en septiembre de 1967 me enfermé. Tenía mucha fiebre y un dolor muy intenso en el lado derecho del vientre. Me tuvieron que operar de urgencias del apéndice. Como no teníamos seguro fue todo de pago. Esto agravó más nuestra situación económica aunque nos permitieron pagarlo a plazos.

En casa estaba toda la familia. En esos tiempos me quedé en estado. Convaleciente de una enfermedad, con vómitos y náuseas, lo pase muy mal. Por fin mi marido encontró faena en Damel, una empresa importante

Recordar, compartir, aprender

de Elche. Su sueldo era de 610 pesetas a la semana. A partir de este momento las cosas empezaron a mejorar. Es decir, en el nacimiento de mi hija ya estábamos mejor económicamente. A partir de este momento me dedique en cuerpo y alma a la crianza y educación de mi hija, sin dejar de coser. Ocho años después tuve a mi segundo hijo. A ambos les enseñe a leer, escribir, etcétera, con la esperanza de que estudiaran en un futuro. Me pasaba el día cosiendo y aquellos días en los que iba al parque con ellos tenía que quedarme esa noche hasta bien tarde para poder compensar el tiempo perdido, aunque eso no me importaba, ya que quería que mis hijos pudieran disfrutar de su infancia y no como yo.

A los 45 años de edad me intervinieron quirúrgicamente por problemas del corazón y me tuvieron que poner dos válvulas. En esos momentos me ayudó mucho mi familia y nunca olvidare las palabras de mis hijos: “mama te queremos, no te vayas de nuestro lado.” A los 64 años de edad estoy orgullosa de ellos. “

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Personalmente de lo que más me alegro es de haber logrado pasar de tener una silla, una cama y un armario a tener una casa y un hogar donde he podido criar a mis hijos. Pero esto se debe al sufrimiento y al ahorrar durante mucho tiempo. Además me alegro de haber sido una persona honesta y de no irme de ligera. Además de tener la conciencia tranquila de no haberle hecho nada malo a nadie.

Mi mensaje hacia la juventud sería que aprovechen la vida, cosa que en mi época no era tan fácil ya que las condiciones de vida eran muy difíciles y era imprescindible estar trabajando a todas horas. La vida pasa en un momento y hay que aprovecharla porque no se para ni un instante. Eso sí, hay que aprovechar la vida pero con cabeza.

Además considero que la juventud de hoy en día no valora las cosas tanto como antes, ya que hoy en día tienen todo. Antes las cosas costaban mucho más de conseguir por lo que las apreciabas y valorabas ya que sabías el sufrimiento y las horas de trabajo para lograrlo, sin embargo, ahora la vida es más sencilla con lo que las cosas no cuestan tanto sufrimiento, por lo que no se aprecian tanto.

Aunque, ahora gracias al haber ahorrado durante tanto tiempo y a las mayores facilidades de la vida puedo permitirme algunos lujillos que antes no podría. ¡Cómo ha cambiado el tiempo!